D. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA
VIDA Y OBRAS

BY

RENATO ROSALDO y HERNÁNDEZ

A.B., University of Illinois, 1936

M.A., University of Illinois, 1937

AN ABSTRACT OF A THESIS

SUBMITTED IN PARTIAL FULFILLMENT OF THE REQUIREMENTS
FOR THE DEGREE OF DOCTOR OF PHILOSOPHY IN
SPANISH AND ITALIAN IN THE GRADUATE
SCHOOL OF THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS, 1942

URBANA, ILLINOIS
1942

D. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA
VIDA Y OBRAS

BY
RENATO ROSALDO y HERNÁNDEZ
A.B., University of Illinois, 1936
M.A., University of Illinois, 1937

AN ABSTRACT OF A THESIS
SUBMITTED IN PARTIAL FULFILLMENT OF THE REQUIREMENTS
FOR THE DEGREE OF DOCTOR OF PHILOSOPHY IN
SPANISH AND ITALIAN IN THE GRADUATE
SCHOOL OF THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS, 1942

URBANA, ILLINOIS
1942

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/IA41549818_0160

D. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA
VIDA Y OBRAS

A riesgo de que se nos tache de conservadores, hemos decidido emprender la tarea de estudiar y dar a conocer mejor a uno de los más ilustres literatos no sólo del estado de Veracruz, sino de toda la República Mexicana. No es este "noble ejemplar de aquella raza-hoy casi extinguida-de varones egregios que sabían hermanar limpiamente las artes de Mercurio con las de Minerva, y-como los griegos inmortales-ser poetas sin dejar de ser ciudadanos"[1] otro que don José María Roa Bárcena, ilustre hijo de la bella y risueña Jalapa.

Bien dijo don Julio Jiménez Rueda que "si en vida suele suceder que las ideas políticas de un partido en derrota perjudican al artista que figuró en él, influyendo en el conocimiento y aprecio de su obra, más allá de la muerte suele acaecer algo parecido. Roa Bárcena ha sido un autor proscrito del panteón de los consagrados en la literatura nacional. Tiempo es ya de que su obra se justiprecie y se comprenda también la actitud de este autor que, en lo físico y en lo moral, encarnó en el siglo XIX a la casta de los hidalgos que se dejaban matar antes que transigir y que han desaparecido ya del todo del mundo en que vivimos."[2]

En nuestro estudio tratamos de dar a la luz y juzgar, hasta donde nuestras débiles fuerzas nos lo permiten, las obras de don José María. Desgraciadamente, por dificultades de distancia, no hemos podido procurarnos la colección completa de su periódico *La sociedad,* que queda, por lo tanto, sin discutir en el capítulo que dedicamos a la obra periodística de Roa Bárcena, laguna que intentamos llenar en un futuro no muy lejano.

Hemos dividido en dos partes estos apuntes: la primera que dedicamos a la vida de don José María y a la obra la segunda. En la parte primera referente a la vida, nos hemos valido de

---

[1] G. Méndez Plancarte, *Horacio en México,* Ediciones de la Universidad Nacional, México, 1937, p. 111.

[2] J. M. Roa Bárcena, *Relatos,* Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México, 1941, pp. xx-xxi.

diferentes apuntes biográficos de dicho señor y de las noticias que tuvo a bien participarnos la familia del egregio literato jalapeño, principalmente su hija, doña Concepción Roa y Villamil, y su nieto, don Diego Ortega y Roa, a cuya cortesía debemos muchos detalles hasta aquí poco conocidos o nada explotados acerca de la vida de Roa. Dichos familiares tuvieron la bondad de facilitarnos cuadernos y borradores, poemas inéditos y libros del extinto que fueron de inmenso valor para el estudio y comprensión de don José María.

En la parte de la tesis referente a la obra de Roa Bárcena, hemos dividido los capítulos de acuerdo con su obra poética, novelística, biográfica, crítica, traducida, periodística, pedagógica e histórica para facilitar el estudio detallado de todas y cada una de las fases de la obra de nuestro biografiado. No hemos incluido una conclusión porque juzgamos todo apéndice innecesario, ya que no tratamos de probar que existió Roa Bárcena o que escribió, cosas que por sabidas se callan, sino únicamente hemos intentado hacer una exposición de su vida y una discusión de su obra, añadiendo detalles a ambas que, en sí, no implican controversia alguna. Es con espíritu expositivo, pues, y no de combate con el que presentamos estas páginas con las que pretendemos compensar en parte el olvido en que se ha tenido a nuestro literato, esperando que en lo futuro haya émulos nuestros que, sin duda, no tendrán dificultad en sobrepasarnos en maestría de ejecución, si no en admiración por el biografiado.

I.

Nació don José María Roa Bárcena en Jalapa, la capital del estado de Veracruz, el 3 de septiembre de 1827. Pasó su infancia en esa ciudad, dedicado a estudiar las bellezas de la vegetación tropical que tanto abunda en esas regiones. Bajo el cuidado de su preceptor, el ilustre varón José Antonio Martínez, se desarrolló el niño José María formándose desde temprano su carácter sereno , religioso y honrado que habría de conservar toda su vida. No tenemos noticia de que haya asistido a escuela alguna, aunque su educación fué muy esmerada. Vivió Roa en su ciudad natal hasta el año de 1853 en que partió para la capital de la República, aunque ya en 1849 había visitado la ciudad

de los palacios y asistido a las reuniones de la Academia de San Juan de Letrán.

En este segundo período de la vida de Roa Bárcena, vemos al poeta convertirse en periodista de combate, siempre añorando sus días de ensueño en el paraíso tropical que es Jalapa. Colabora Roa en *El universal* y, según el decir de algunos, escribía su artículo de fondo en los altos del edificio cuando el populacho quemó la imprenta el 13 de agosto de 1855 al triunfar la revolución de Ayutla. Unese Roa a los caudillos de la fé y el clero al fundarse *La cruz* el primero de noviembre de ese mismo año del 55, llegando a ser uno de los más activos colaboradores de este semanario católico. Sus artículos, poesías y cuentos se suceden unos a otros con actividad prodigiosa en las columnas de este órgano católico. Ora escribe sobre el catolicismo en la América, ora combate la influencia de los reformadores en la educación de los jóvenes, ora muestra la inconsistencia de la Gran Bretaña al proclamarse el país más tolerante del mundo al mismo tiempo que ahoga en sangre y fuego la rebelión en la India. Múltiples y variados son sus artículos en *La cruz* hasta que muere este periódico el 29 de julio de 1858. No ceja Roa en sus empeños periodísticos y le vemos colaborar y dirigir *El eco nacional* y *La sociedad.* Es en este último órgano conservador donde Roa Bárcena, el periodista, se muestra de cuerpo entero. Desgraciadamente, no hemos podido reunir los suficientes detalles para hacer una crítica completa de esta labor que será objeto de otro estudio más tarde.

Durante la Guerra de Reforma, Roa escribe a favor de los conservadores, siempre exponiendo con sinceridad y vigor sus principios en los periódicos de la época. Es un soldado de la religión. Con su pluma combate los principios reformistas que intentan revolucionar la sociedad de su tiempo: quiere Roa evolución. Así llega la Intervención Francesa y don José María se declara en favor de ella, prefiriendo salvar la nacionalidad latina, aun a costa de la pérdida de la libertad, a dejarla desaparecer bajo las bayonetas anglosajonas que amenazaban invadir el suelo del Anáhuac entonces. Prefirió conservar la nacionalidad y la unidad religiosa bajo el dominio francés a gozar del predominio yanqui y las ventajas de las diferentes sectas protestantes.

No vacila, sin embargo, en combatir en defensa del clero en *La sociedad* al ver como la Regencia, hostigada por el mariscal Bazaine, sigue la misma política en cuanto a bienes eclesiásticos y pagarés de los adjudicatarios que había seguido el gobierno liberal. Aguarda con ansia la venida del nuevo César que, como buen católico, no aprobará las medidas tomadas por el mariscal francés. Con esperanza y júbilo escribe su "Oda en la inauguración del Segundo Imperio", al entrar Maximiliano y su consorte a la futura capital de su imperio el 12 de junio de 1864.

Pero de nuevo salen fallidas las esperanzas de nuestro Roa Bárcena: el monarca se lanza a los mares de una política conciliadora, creyendo que, al reconciliarse con los liberales, acelerará la pacificación del país. Al principio Roa se pronuncia en favor de este gesto; pero, al ver que Maximiliano se aleja más y más de las doctrinas conservadoras para entregarse en manos de antiguos republicanos, no vacila en señalar lo peligroso de la nueva senda y la ingratitud de aquél que debe su venida al país al grupo que ahora tan públicamente desdeña. Tan firme es en sus convicciones el periodista jalapeño que no tiene empacho en profetizar la caída del Imperio si no se vuelve al camino del orden y si no se llega a un arreglo con la Iglesia.

Al marcharse las tropas francesas de la capital del Imperio el 5 de febrero de 1867, muchos conservadores y ministros liberales de Maximiliano, temiendo por sus personas, salen del país. Roa se queda a sufrir las consecuencias. Ha seguido el dictado de su conciencia y no tiene por qué temer. Sale el emperador de la ciudad el 13 del mismo mes y año para encerrarse en la que había de ser su tumba, la ciudad de Querétaro. Roa Bárcena continúa escribiendo sus artículos en *La sociedad* hasta que la ciudad cae en poder de los republicanos el 21 de junio del 67, siendo encarcelado con esa fecha, a pesar de los esfuerzos de su amigo José de Teresa. En la prisión de la Enseñanza se le detiene por varios meses, siendo puesto en libertad a fines de ese año o a principios del 68.

Al salir de la cárcel comienza el tercer período de la vida de don José María. Ya han muerto sus esperanzas e ilusiones de orden, de gobierno estable, de unidad religiosa. Ya no ha de volver a ser Roa Bárcena el periodista de combate que fuera antaño. Ha muerto el periodista y ha renacido el literato. De

ahora en adelante, sus escritos no serán de ataque y combate, sino de exposición y diversión.

El hado infausto que parecía no cansarse de perseguirle, le arrebató a su amada esposa María de la Paz Villamil el 26 de enero de 1868. Mayor había de ser para él este duelo doméstico que el duelo nacional que había sufrido a raíz de la muerte de sus ilusiones políticas. Su naufragio doméstico es más intenso: ya no hay esperanzas, hay sólo decepción. El que se prometía tanta felicidad en el regazo del hogar, encuentra fallidas todas sus ilusiones.

¡Todo acabó! Mi báculo recojo
Siguiendo de mi vida la carrera
En sombra y soledad con paso flojo,
Sin la que fué mi luz, mi compañera.[3]

El renacimiento se empieza a publicar a principios del año de 69 y con esto resucita el escritor jalapeño, y se dedica con ahino a hacer literatura, tarea que no había de dejar sino hasta su muerte.

El 19 de septiembre de 1869 don José María contrae matrimonio con doña María Remigia Alcade y Herrera, sobrina de don José Joaquín de Herrera, el honrado prócer que fuera presidente de la nación en momentos dificilísimos.

En 1874 muere su padre, el ex-síndico José María Rodríguez Roa, y el hijo le dedica sentidos versos.

Se establece la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española en 1875, cuyo objeto era "reanudar los violentamente rotos vínculos de la fraternidad entre americanos y españoles; restablecer la mancomunidad de gloria y de intereses literarios, que nunca hubiera debido dejar de existir entre nosotros; y por fin, oponer un dique, más poderoso tal vez que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona en el mundo por Colón descubierto."[4]

Campeón de la nacionalidad y del idioma, don José María recibe con gusto el nombramiento de tesorero de la corporación académica el 11 de septiembre de 75. De allí en adelante había

---

[3] J. M. Roa Bárcena, *Nuevas poesías*, 1875, México, p. 18.

[4] V. Agüeros, *Obras literarias*, I. Artículos sueltos, (Biblioteca de Autores Mexicanos, 8), México, 1897, pp. 387-388.

de ser uno de sus más fieles colaboradores y propugnadores. No hay más que ver las *Memorias* que publicó dicha academia para darse cuenta de lo mucho que contribuyó Roa Bárcena con sus biografías, sus artículos de crítica y sus poesías al desarrollo de la literatura nacional.

Ya desde 1867 ha dejado de ser periodista y se ha dedicado al comercio, siendo administrador de la casa de Teresa y convirtiéndose su despacho en una academia en que más se discuten los misterios de la versificación y las hermosuras de la poesía de los clásicos que la uniformidad y regularidad de los libros de caja y mayor.

En 1881 forma parte de una comisión nombrada por el gobierno del general Manuel González para estudiar las ventajas de una unión aduanera con los Estados Unidos, amén de otras proposiciones comerciales. Más tarde, en 1885, don José María, al ver que se renueva esta cuestión comercial, publica sus *Datos y reflexiones sobre la industria mexicana* en que se opone decididamente a dicha unión mostrando que no es sino un arreglo unilateral que acarreará la muerte a la industria del país y la ruina a la agricultura. Dicha cuestión le impele a publicar sus *Recuerdos de la Invasión Norteamericana* en 1883 haciendo justicia a amigos y enemigos y pidiendo se piense detenidamente en los perjuicios y pocas ventajas que una unión comercial, que excluye a todo comercio europeo de México y establece en el país una dominacón económica norteamericana, puede tener para el antiguo Anáhuac.

El periódico provinciano *La voz de San Luis* premió sus poemas "Iturbide en Chapultepec" y "En el centenario del Héroe de Iguala" con pluma de oro en el concurso literario abierto por dicho periódico en 1883. Triunfo bien ganado habrá sido éste para el poeta cincuentón, ya que sin duda habrán competido plumas de más fuego juvenil pero sin la madurez, reflexión y serenidad que, junto con la admiración que siempre había tenido por el Libertador, contribuyeron a darle la victoria en la poética lid.

En 1892, colaborando con su buen amigo don Casimiro del Collado, Roa edita la *Antología de poetas mexicanos* que, por incluir poetas vivos y muertos, fué rechazada casi en su totalidad por la Real Academia Española al hacer su antología de 1893

dedicada a los países hispanoamericanos. Para templar en algo el desagravio que sus dos académicos habían sufrido de parte de la Real Academia, la Mexicana publicó una segunda edición de la antología de Roa y Collado, que, en realidad, era la primera que se daba al público.

A partir de 1900 no produce nada literario don José María. Gastadas sus energías en una larga vida de escritor y periodista, sus últimos años los pasa esperando tranquilamente la muerte. Ya no sueña en la gloria, quedándole en cambio la satisfacción de haber cumplido su deber de acuerdo con los dictados de su corazón y su conciencia.

Desde la muerte de su patrona protectora Susana Pesado de Teresa, acaecida el 4 de febrero de 1906, empezó a declinar el ánimo de don José María. Por más que pretendía combatir su abatimiento, la edad y la desaparición de sus amigos queridos le agobiaban. Contrajo una gripa que le tuvo en cama una semana o dos; fué su agonía corta y tranquila.

> [5]Like one who wraps the drapery of his couch
> About him, and lies down to pleasant dreams,

así falleció a las nueve y cuarto de la mañana del 21 de septiembre de 1908, el señor don José María Roa Bárcena.

II.

No todos los críticos están de acuerdo en que es Roa un gran poeta. A nosotros nos parece sobresalir en diferentes ocasiones en los diferentes géneros que cultivó. De sus poemas amorosos nos parece el mejor el "Poema de amor" por la ternura y desesperación que encierran sus versos. Perferimos el "Duelo doméstico" entre los elegíacos por su sincero dolor expresado en tan bellos versos. Sin duda la "Noche de Querétaro" es su mejor poema heroico por cierto ambiente pavoroso y fatídico que sabe dar a la próxima muerte del Archiduque. De entre las poesías religiosas preferimos los poemas cortos que dedicara a la Virgen María, por contener cierta lozanía y frescura que no se hallan en los más largos. Es en el género narrativo donde parece estar

---

[5] Bryant, William Cullen, *Poetical Works,* New York, D. Appleton & Co., 1896, p. 23.

en su elemento don José María, sosteniendo el interés la fácil versificación, la corrección en la forma, la habilidad del autor en narrar ciertos episodios y el elemento de probabilidad y aun de historia que hay en casi todos estos versos. No es menos hábil como poeta descriptivo. El elemento satírico que descuidara Roa en sus versos bien pudo haberle dado más renombre si lo hubiese desarrollado más.

Como poeta es don José María Roa Bárcena, si no grande, si distinguido. Su misma corrección y razón no le permiten dar rienda suelta a su inspiración, El decoro, y siempre el decoro, fué la norma también de su poesia como lo fué de su vida. Fué buen poeta, excelente versificador, cualidades no suficientes para sobresalir en la tierra en que los buenos y aun los grandes poetas abundan.

Es como novelista que más se ha destacado Roa; su prosa nítida y correcta, sus observaciones basadas en la vida real y su humorismo le permiten escribir cuentos que son verdaderas joyas de la literatura mexicana. Mexicanismo, realismo y humorismo son, para nosotros, los motivos que vibran con más fuerza en las narraciones del autor. La riqueza de las pinturas de Roa no consiste en el vibrante colorido que podría haberles dado otro escritor de más fantasia; consiste, sí, en un cierto claro obscuro aplicado con brocha maestra a veces y retocado con pinceladas de humorismo. Si bien sus cuentos no tienen, con excepción de "Lanchitas", gran fuerza imaginativa, su mérito consiste en eso precisamente; en la observación detallada que hiciera el fino crítico de las costumbres y tipos de su época. Su estilo sobrio y correcto no se pierde en las intricadas selvas de la fantasía; la moderación no le deja ir por las sendas de la imaginación, sino que le muestra el camino de la vida por el que transitan sus caracteres. No hay tipos o caracteres raros en los cuentos de don José María; son todos personajes que sin duda existieron en sus días, subsistiendo aun algunos de ellos; bien perfilados, trazados con mano maestra y algo burlona. Pero no es una sátira mordaz, es la sonrisa del que ríe con la conciencia tranquila de aquél que, sabiendo las flaquezas humanas, las perdona y excusa. Como en todos los otros géneros literarios en que se distinguió Roa, en la novela vemos su amor a la patria, amor a su manera si se quiere, pero amor que se sobrepone a los parti-

darismos y prejuicios para ver las lacras que ostenta el país.

En el ciclo de biografías que escribió Roa Bárcena, le vemos alabar agradecido a su preceptor Martínez; hablar con admiración de José de Jesús Díaz; con religiosidad narrar los hechos del padre Serra; regocijarse con cariño al hablar del carácter de Federico Bello; rebosar respeto, afecto y elevación al hacer la biografía de Pesado, su obra maestra; tratar de imbuir a su generación del espíritu jovial y travieso al par que patriótico y digno de Gorostiza; y señalar una de las cualidades hasta allí poco discutida de uno de los buenos poetas de México, Carpio. Si empezó siendo subjetivo en sus biografías al llegar a la de Pesado encontramos mucha objetividad y gran imparcialidad. Como en todas sus obras, en sus biografías Roa Bárcena rebosa patriotismo; trata de poner de ejemplo a la juventud literaria y a la sociedad en general a esclarecidos patricios que unieron a sus talentos literarios un acendrado amor a la patria; procura dar un cuadro detallado de la época en que vivieron los personajes en que casi siempre se nota la tristeza del patriota que ve al país desgarrarse y arruinarse con las luchas internas. No alaba demasiado, no reprocha demasiado. Con buen criterio crítico, presenta las cualidades y los defectos. Hay moderación y decoro como antes, como después, como siempre.

La obra crítica más importante de don José María es su *Acopio de sonetos castellanos* que publicó en 1887. Detallismo y corrección son las dos cualidades del crítico Roa Bárcena. Es un nuevo Gomez Hermosilla o aun un Antonio de Valbuena, sin tener la vena satírica y mordaz de este último ni la estrechez de ideas del primero. Como imparcial que era don José María, su acopio de sonetos reune a los amigos y a los enemigos en un mismo libro, admirando las bellezas y criticando los defectos de unos y otros.

Don José María Roa Bárcena es, en sus versiones indirectas, como las traducciones de Schiller, Hoffmann y Klopstock, muy acertado. Si no traduce palabra por palabra o verso por verso como lo hace José Sebastián Segura, sus dotes poéticas le permiten embellecer la traducción o imitación de tal manera que, guardando la esencia del original, resulta una obra acabada. Cuando traduce directamente del inglés, francés o latín, se conoce en seguida el dominio que tiene de esos idiomas; y es más

ajustado al original en forma y pensamiento. No serán sus traducciones la obra maestra que fueron la de Baudelaire de Poe o la de Proust de Ruskin, pere sí conservan cierto sabor castellano que las convierte en parte de Roa Bárcena. En sus traducciones trata de dar ejemplos de moralidad y de moderación; no pinta pasiones profundas ni menos criminales; se recrea en dibujar virtudes morales y amores castos y honestos.

La labor de Roa Bárcena el periodista se encuentra concentrada principalmente en *La cruz* y *La sociedad.* Combate en *La cruz,* el único periódico que pudimos examinar a nuestra entera satisfacción, las doctrinas reformistas, la democracia, todo lo que se oponga a la Iglesia. No es que fuese retrógrado don José María; veía el progreso y creía en él; pero, siendo hombre de orden, creía que las reformas podrían llevarse a cabo por evolución y no por revolución. No está de acuerdo con el protestantismo porque éste separa en lugar de unir como el catolicismo; no está de acuerdo con las doctrinas liberales porque éstas atacan a la Iglesia no sólo en sus clérigos, sino en sus doctrinas. No quiere revolución porque teme invasión; quiere unión, religión, orden, que unidos traerán al país libertad y paz. No transige con los contrarios, porque cree que dichos contrarios tratan de implantar doctrinas extrañas al carácter mexicano, destruyendo así la nacionalidad. Siempre el miedo a los Estados Unidos. Pero aun en esos momentos, que pudiéramos llamar apasionados, no pierde su serenidad: es siempre caballeroso en sus ataques; conserva su moderación; su lenguaje es siempre correcto y decente; el periodista de combate no puede sobreponerse a don José María Roa Bárcena.

Si bien los catecismos de historia y geografía que publicó Roa adolecen de varios defectos, hay que recordar que él no hacía sino seguir el espíritu de la época en materias educativas, teniendo, sin embargo, la distinción de ser uno de los primeros, ya que no el primero, en dedicar su ya ilustre pluma a una tarea tan poco apreciada y demasiado desdeñada por escritores de menos valía aun que él. No son estas obras, obras maestras ni con mucho, pero sí tienen el mérito de las de los precursores que abren el camino para la legión de los Ezequiel Chávez, los Daniel Delgadillos, los Benito Fentanes, los Delfino Valenzuelas, las Galindo y Villas y tantos otros ignorados apóstoles de la educa-

ción

Como historiador posee don José María cualidades esenciales: imparcialidad y moderación. Adolecen sus *Recuerdos de la Invasión Norteamericana* de demasiada documentación que hace que el lector se canse a veces; pero, en cambio, hay tanta imparcialidad hacia el enemigo, tanta lástima hacia el ejército mexicano que va de derrota en derrota cuando la victoria podría haberle sonreído en muchas ocasiones, tanto patriotismo bien entendido, y todo ello tan bien expresado, que no podemos menos de juzgar esta obra, a pesar de su exceso de datos y de su falta de unidad, una de las mejores y, sin duda, junto con la biografía del poeta Pesado, de las más sesudas obras de don José María Roa Bárcena. Moderación es la norma otra vez. Como en sus poemas, como en sus cuentos y novelas, como en sus biografías, como en su crítica, como en sus traducciones, como en sus artículos periodísticos, como en sus obras de texto, hallamos en sus obras históricas el tono de patriotismo, de mexicanismo, de catolicismo, de moderación que no es sino la personalidad completa de don José María Roa Bárcena.

Antes de terminar, queremos expresar nuestro eterno agradecimiento al modesto cuanto distinguido erudito John Van Horne por sus sabios consejos, por sus acertadas sugestiones y su incansable paciencia en la composición y revisión de nuestro estudio, así como por habernos sugerido este tópico y habernos alentado en nuestras investigaciones. Por su bondad, por su confianza, por su paciencia y su valiosísima ayuda, damos las gracias a doña Concepción Roa y Villamil y a don Diego Ortega, dignos descendientes del patricio de Jalapa. Por la ayuda que nos presentaron en la preparación mecánica del manuscrito, damos las gracias a las Sritas. Mercedes G. Kahlert, Mary Kranos y Lillian Hejtmanek, a las Sras. Ruth Fosnaugh y Maxine Mason, al Dr. José S. Flores y al Sr. Bruce Mainous, sin olvidar, por supuesto, a nuestra esposa, cuya paciencia y perseverancia nos dió ánimos para esta tarea.

¡ Ojalá que futuros estudiantes de nuestra literatura nacional escarben el acervo literario del México del ochocientos y resuciten las figuras de aquéllos que, por el único delito de haber pertenecido al partido derrotado, yacen sepultados en el panteón del olvido!

VITA

El autor de este estudio nació en Minatitlán, risueño pueblo a las orillas del rio Coatzacoalcos, en el estado de Veracruz, el 16 de abril de 1912. Estudió en las escuelas primarias de Veracruz y la capital, cursando más tarde dos años y medio de estudios en la Escuela de Ingenieros Mecánicos y Electricistas de México. En 1930 vino a los Estados Unidos, donde recibió el resto de su educación en las escuelas de Chicago y Urbana, Illinois. Recibió el bachillerato en 1936 y la licenciatura en 1937, ambos de la Universidad de Illinois. Desde septiembre de 1936 ha enseñado en el Departamento de Español de dicha institución.

Es miembro de varias organizaciones sociales y profesionales, entre ellas Cosmopolitan Club, Beta Kappa, Phi Kappa Epsilon, Sigma Delta Pi y Pan Xenia. Es editor de México de la revista *Amigos,* publicada en Chicago mensualmente.

Además de sus clases en la Universidad de Illinois, el autor es también instructor de español en Chanute Field, Rantoul, Illinois.